

CASTIGADO POR LA NATURALEZA

Las clases habían terminado hasta el otro día, y cuando las puertas se abrieron, los felices niños del segundo grado salieron corriendo al terreno de juegos. No era un día de frío en que los niños se abrochaban los abrigos para protegerse contra la nieve y el viento. ¡No, de veras! Era un día benigno en que un niño de siete años podía con facilidad olvidarse que había traído un abrigo a la escuela por la mañana. Pero Eugenio se había acordado de su abrigo como para echárselo al hombro y con su cestita verde destinada a contener su almuerzo, corrió con su amigo Guillermo hasta el portón.

La mamá había notado que últimamente Eugenio dedicaba al regresar de la escuela a la casa dos veces más tiempo y hasta tres veces más de lo que era necesario, de modo que esa mañana la había dicho:

- Acuérdate de volver directamente de la escuela a casa.

Y cuando Eugenio prometía algo a su madre, lo hacía como quien lo va a cumplir.

Pero ese día en particular resultaba tan especial que apenas Eugenio y Guillermo hubieron caminado una cuadra después de salir de la escuela, empezaron a conversar de cuánto se iban a divertir durante el verano cuando hubieran terminado las clases. Luego Guillermo, que nunca se apresuraba para ir a la escuela ni para volver de ella, sugirió que tomaran un camino de atajo a través de un campo baldío para echar una mirada al arroyo. Esto no les iba a tomar mucho tiempo, y como quedaba en la dirección de su casa, Eugenio aceptó. Posiblemente su madre no se fijaría en unos pocos minutos de atraso. Así que los muchachos corrieron hacia el arroyo.

Una sorpresa tras otra fue impidiendo a los muchachos que fueran adonde debían ir. Guillermo estaba mirando hacia la parte superior de un árbol alto y bien recto, con la intención de treparse a él, cuando Eugenio sugirió que tal vez convendría regresar a casa.

Cuando la mamá de Eugenio recibió a su hijo en la puerta, éste se estaba secando el sudor de la frente y quejándose del calor.

- ¿Dónde estuviste tanto tiempo después que terminaron las clases? – preguntó la mamá.

- ¡Oh! Correteando por ahí – dijo Eugenio y cambió enseguida el tema.

Esta no era una respuesta satisfactoria, pero la mamá no dijo más. Eugenio no había cumplido su palabra y ella se propuso sostener una conversación con él después de la cena, para demostrarle que esperaba ser obedecida. Pero después de la cena llegaron algunas visitas inesperadas, y Eugenio y su hermano menor tuvieron que acostarse apresuradamente tan pronto como se les hubo leído la lección de la escuela sabática.

El día siguiente resultó tan delicioso como el anterior. Eugenio y Guillermo regresaron de la escuela a su casa en un tiempo "record", porque venían pateando una lata, y ésta no hacía desvíos.

Cuando Eugenio entró apresuradamente en la cocina, la mamá notó que una franja colorada le cruzaba la nariz y llegaba hasta cerca del ojo.

- ¿Recibiste un golpe en el ojo? – le preguntó.

Eugenio le dijo que no.

- Realmente parecería que algo te golpeó muy cerca del ojo. Tengo miedo que por la mañana esta parte de la cara amanezca amoratada.

Por la mañana siguiente, el enrojecimiento era más pronunciado, pero no se le prestó mucha atención. Sin embargo, después de las clases, la mamá notó que el niño tenía una erupción en el cuello, igual que en la nariz y el párpado.

- Caballerito, ¿dónde estuvo usted para contagiarse con zumaque venenoso en esta época del año? – fue la pregunta que le hizo la madre.

- Yo no sé. En ningún lugar que yo recuerde – fue la respuesta que dio el muchacho, sin reflexión.

Algunas otras preguntas le hicieron relatar lo que había sucedido durante la caminata que había hecho hasta el arroyo con su amigo Guillermo, y se llegó a la conclusión de que lo más probable era que había tocado algún ejemplar de esa planta venenosa en algún lugar mientras andaba por allí.

Estoy seguro de que nadie podría desear mayor castigo a Eugenio. Es difícil describir el aspecto que presentó durante los días siguientes, ni explicar cuánta molestia sufrió por la noche, mientras trataba de dormir. Un ojo se le hinchó de tal manera, que se le cerró, y sentía, tanto a la entrada como en el inferior de las fosas nasales una picazón insoportable.

Pero Eugenio había tenido mucho deseo de ver las películas cinematográficas que iban a mostrar en su escuela el sábado de noche, pues en ellas iba a poder ver a su perro ovejero favorito. Pero la mamá le explicó que, aun cuando la gente no huyese al ver su cara, mirar las películas impondría demasiado recargo al único ojo que tenía sano. Por supuesto su mamá lamentaba mucho que Eugenio tuviese que pagar un precio tan elevado por su desobediencia.

Pero sobre todo expresó la esperanza de que su dolencia bastara para ayudarlo a recordar que siempre conviene obedecer. Y no cabe duda de que cuando sanó resolvió que al andar entre matorrales o bosques se fijaría siempre en las clases de plantas que tocaba, pues las erupciones que causaba el zumaque venenoso son demasiado dolorosas para que uno las olvide con facilidad.